

Presentación

Lo que nace porque no puede dejar de ser, encuentra en su propia necesidad sus formas originales⁰

Hay textos cuya mera existencia indica que la libertad de que dispone el lector ante ellos es incomparablemente mayor que aquella de la que dispuso el autor al escribirlos: son los que con más facilidad dejan ver la presencia de la vida, sus exigencias y un modo específico de respuesta: “No se escribe ciertamente por necesidades literarias, sino por la necesidad que la vida tiene de expresarse (...) lo que diferencia a los géneros literarios unos de otros es la necesidad de la vida que le ha dado origen”¹. Sin embargo, cuando la vida irrumpe en el discurso homogéneo de una tradición textual, sorprende, y más aún si ésta es la de la Filosofía; sorprende hasta el punto de dejar al autor y a su obra, quizá sólo por este motivo, en los márgenes de la misma, en una posición no siempre cómoda, pero a cuyas posibilidades conviene atender.

Es ésta, posiblemente, la situación difícil en la que la obra de María Zambrano se encuentra respecto a lo que sería la tradición filosófica, como “comunidad de pertenencia”; por eso, no debería pasar desapercibida su capacidad de decir algo que no queda encerrado en los límites de la historia interna de una determinada tradición, a la que, sin embargo, no renuncia.

Se nos presenta así un rasgo del pensamiento y la escritura de la autora que ha sido

suficientemente señalado: “Con María Zambrano nos encontramos en una reflexión que, si bien no ha renunciado nunca a la filosofía o mejor a filosofar, siempre se ha expuesto y sometido a lo que ella misma llamó “la prueba de la renuncia a la filosofía”. El pensamiento de María Zambrano se fue trazando en un continuo *paso de frontera*, no sólo entre los numerosos países que formaron la intrincada cartografía de su largo exilio de España a partir de 1939, sino entre la filosofía y la “no-filosofía”, entre la identidad de patria de un pensamiento que fue sistematizándose en su rica arquitectura y la radicalidad de un “fuera” que, sepultado vivo, la habita sin embargo subterránea y clandestinamente hasta minar sus mismos fundamentos pretendidamente seguros”². La forma en la que escribe, sus obras en la frontera de la tradición filosófica, muestran el fondo de donde surge su pensamiento y la fluencia de la vida a la que responde; reparar en los géneros literarios que utiliza -un tema, por otra parte, que desde el comienzo de su trayectoria consideró “urgente” abordar- podría decir mucho respecto a aspectos centrales en su aportación.

Ante su filosofía -los textos, que recogen con fidelidad el movimiento del pensar, esto es, su filosofar- nos vemos invitados a intervenir atendiendo simultáneamente a lo que se nos dice y al modo en el que se nos dice, a lo que queda dicho en la forma de expresarlo. Es, pues, un tema en el que la teoría se funde, ine-

Notas:

⁰ María Zambrano, “El cine como sueño” en *Las palabras del regreso*, ed. de Mercedes Gómez Blesa, Salamanca, Amarú, 1995, p. 210.

¹ María Zambrano, *La confesión: género literario*, Madrid, Siruela, 1995, p. 25.

² Rosella Prezzo, “Aprendo gli occhi al pensiero” en *aut aut*, n° 279, Milano, 1997, p. 39.

vitale pero imperceptiblemente a veces, con la práctica en un saber cuyo lenguaje se distancia cada vez más del nuestro -el de la tradición filosófica moderna también-, que “se ha hecho plano, sin perspectiva, sin verdadera complejidad”, empobrecido y “por esencia agresivo, desafiante, dogmático”, hasta llegar a hacer desaparecer al interlocutor; frente a éste, podría aparecer emparentado al hablar que “es decir una verdad, señalar una realidad”, un producto de la experiencia acumulada de la que obtiene su autoridad, “decir en el tiempo” que procede por analogías, alusiones, sugerencias y silencios, un lenguaje caracterizado por su “sobriedad y riqueza [...] pues tiene multitud de registros”³.

Una respuesta múltiple y heterogénea a la invitación implícita en la obra zambraniana es la que constituyen los trabajos aquí recogidos que, haciendo uso de la libertad del lector, han buscado de distintas maneras acercarse a la vida que esta obra entraña y hacerla fluir. Perspectivas plurales, acompañadas de referencias, “puentes” a través de los cuales nuevos lectores pueden discurrir, y que, por diversos motivos, sirven también a este fin.

Si, para María Zambrano, existe un “estilo filosófico” que corresponde a la esencia del contenido, porque “el género en que se vierte una Filosofía depende del íntimo movimiento que describe el pensar”⁴, un pensar que recoge, por tanto, los “saberes nacidos más allá o más acá de la Filosofía” habrá de encontrar un singular modo de expresión. La continua atención al lenguaje y valoración de la forma,

acompañada de una conciencia explícita de que el género filosófico -en general, o por excelencia- algo pierde o deja escapar, tal vez lo que permitiría a la razón ir más allá, está naturalmente implicada en su propuesta de desarrollo de una “razón poética”, que pide también la progresiva liberación de los cánones que bloquean el momento de creación, y que es tan perceptible en los textos zambranianos⁵.

Si es cierto que “su más singular logro filosófico: la razón poética”⁶ puede encontrar como fecha de referencia la redacción de *Claros del bosque*, donde abandona la forma argumentativa del discurso filosófico, también podría considerarse que toda una serie de búsquedas previas, que se remontarían al menos a su artículo *Hacia un saber sobre el alma*, quedan integrados, como momentos de un trayecto, en el uso poético de la razón. La consideración de los géneros que preferentemente estudia y de los que utiliza de hecho, si bien quedando al fin desajustados, pone de manifiesto cómo se fragua esta forma de racionalidad y los procedimientos expresivos en los que va acuñándose.

Se ha dicho que María Zambrano busca un “pensamiento auroral, que capte el ser del mundo antes de la escisión (entre filosofía y poesía), en una hibridación de pensamiento filosófico y pensamiento poético”⁷ que está, sin duda, en el origen de su atractivo y también de la difícil ubicación de su discurso. Sin embargo, no podemos dejar de preguntarnos si la opción por una racionalidad poética es ajena a un modo de entender la filosofía, a una con-

³ Como se recordará ésta es la caracterización del lenguaje del “pueblo”, conversación que se inicia con un decir anónimo, porque recoge la memoria, que la autora comenta en *Persona y democracia*, Barcelona, Anthropos, 1992, pp. 146-148, no son, por tanto, rasgos extrapolables al lenguaje de la filosofía, si bien permiten establecer algún parentesco y, en todo caso, testimonian una vez más la sensibilidad zambraniana respecto al tema.

⁴ “La filosofía de Ortega y Gasset”, *Ciclón*, La Habana, 1956, en *Anthropos*, Suplementos 2, 1987, pp. 18.

⁵ Recientemente se ha señalado que “el pensamiento poético se origina en la disolución de la normativa común del pensar”; vid. Antonio Gamoneda, “Memoria de Valente”, *ABC Cultural*, 11 de noviembre de 2000.

⁶ La expresión es de Jesús Moreno Sanz en *El ángel del límite y el confín intermedio*, Madrid, Endymion, 1999, p. 13; todo el ensayo es de particular interés desde este punto de vista en su detenido análisis del modo de proceder de una “razón horadora, perescrutadora y tejedora”.

⁷ Franco Rella, *Pensare per figure*, Bologna, Pendragon, 1999, p. 13.

cepción del ser humano y de lo real que pide este despliegue de la razón; porque, de no serlo, la confluencia en un saber originario ¿no habría precisado de un complejo recorrido que la precediese?.

Ahora bien, ¿cómo habría realizado María Zambrano este trayecto? Es ésta una cuestión prioritaria a la que cabe enfrentarse en la perspectiva abierta por la pregunta en torno a cómo leerla. Y en esta perspectiva no está de más recordar sus propias palabras: “Y es que para mí el ejercicio de la escritura no ha sido vivido como una carrera, sino más bien obedece a dos clases de germinación: la que surge de algo que se lleva dentro y la más modesta, la de la necesidad”⁸. Ante su discurso que, en tantas ocasiones, parece tener algo de excesivo, conviene atender a aquello que escribe porque le es “irrenunciable” y “hay que decirlo aunque sea en soledad, para que no quede sin nacer”.

La capacidad zambraniana de situarse y hacer surgir su escritura del punto de encuentro entre dos órdenes de necesidad, como respuesta simultánea a las imposiciones del entorno y a las exigencias de lo que germina sin voz, dotan a la totalidad de su obra de un rango autobiográfico sin ser, propiamente, autobiografías. De aquí, probablemente, la insistencia en atender a la “confesión” como género por parte de muchos de los que se acercan a su

obra -segmentos de una biografía del pensar que es, ciertamente, confesión, y también guía.

Es a este carácter de “guía”, al que Rovatti⁹ se refería comentando el inicio de *Claros del bosque*, el que hace de sus escritos una invitación a acompañar el descenso de la autora al fondo originario, en el que la melodía parece subyacer al discurso, de donde emerge el saber auroral. Invitación, pues, a transitar en compañía de quien no renuncia a la necesidad de una “forma” que recoja la “íntima, esencial y viva unidad” de lo real, presente en el sistema y en el poema¹⁰, porque “toda vida, aun la más activa, tiene necesidad de andar encerrada en una forma, y sólo dentro de ella se hace actuante. Lo informe es también inactivo y estéril”¹¹.

Y así, si la confesión viene a ser la forma en la que se expresan las etapas de un trayecto, el poema-sistema encierra esos “instantes de armonía” en los que se da la “identidad de la persona viviente con su creación [...] y la vida encuentra su adecuado espejo”¹². Instantes en los que la expresión es creación; quizás aquellos en los que la verdad de la experiencia y la verdad de la argumentación se encuentran, si es cierto que “al sonido de la propia voz se adquiere de nuevo el sentido de las medidas, la amplitud del mundo en el que se mueve nuestra pequeña historia”¹³.

Carmen Revilla

⁸ Cfr. en J. F. Ortega, *Los pasos perdidos*, recordando las palabras de la autora para el I Congreso Internacional sobre su vida y su obra, en Mc Gill, *Los sueños y el tiempo*, Lcd El Europeo, Detursa, Madrid, 1999.

⁹ Vid. P. A. Rovatti, “L’incipit di María Zambrano” en *aut aut*, nº 279, mayo-junio, 1997.

¹⁰ Vid. “Poema y sistema” en *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit.

¹¹ O.c., p. 86.

¹² Ibid.

¹³ Cristina Campo, *Lettere a Mita*, Milano, Adelphi, 1999, p. 20, por eso la autora, con la que María Zambrano mantuvo una amistosa relación durante su estancia en Roma, añade: “no le pido que me hable de sí; le pido que no pierda la voz (es decir, el sentido preciso de las cosas)”